

**GARIPZANOV, Ildar H.; GEARY, Patrick J. y URBANCZYK, Przemyslaw (eds.)**

*Franks, Northmen and Slavs. Identities and State Formation in Early Medieval Europe.*

Brepols.

Turnhout, 2008, 226 pp.

En los últimos años, el impacto de la crítica posmoderna ha supuesto una renovación fundamental en el campo de la investigación antropológica e histórica sobre la

cuestión de la identidad, sea religiosa, nacional, de género o, en la que ahora mismo vamos a centrarnos, étnica. Poco a poco se han ido produciendo trabajos que proponen una revisión crítica de los discursos étnicos a-históricos, que tanta influencia han ejercido —y ejercen— sobre la producción historiográfica y sobre las ideas políticas. *Franks, Northmen and Slavs. Identities and state formation in early medieval Europe* se enmarca dentro de esta corriente de investigación. Constituye una obra polifónica, un esfuerzo conjunto por profundizar en la comprensión de la compleja identidad de los grupos humanos altomedievales.

Como el título indica, la obra se articula en torno a tres temas: tres grandes grupos cuyo estudio se aborda desde distintas perspectivas. Sus editores apuntan en la introducción que la aportación es tanto más interesante por cuanto se centra en colectivos que ocupan posiciones periféricas en la historiografía europea. El interés que puede suscitar es, por tanto, doble, ya que no solo se profundiza en el tema, sino que amplía la visión que podamos tener al respecto en base a nuevos casos de estudio.

El primer artículo, a cargo Peter J. Heather, consiste en una revisión historiográfica con la que nos situamos en la materia. Mediante un breve recorrido por las diferentes propuestas de interpretación, Heather nos presenta los principales puntos de debate sobre los que inciden los especialistas. Desde este punto de partida, avanzamos por el libro a través de distintas visiones sobre el papel de la identidad étnica en las sociedades altomedievales.

Algunos de los autores centran su atención en su función integradora, que constituiría el elemento cohesionador de grupos social o políticamente diferenciados. Tal es el caso de Helmut Reimitz y Janet L. Nelson —que tratan el caso franco— y Sverre Bagge —quien se ocupa de las condiciones de formación del reino de Noruega—. Según estos autores, la consolidación y el funcionamiento

tanto del reino franco como del noruego habrían estado basados en la existencia de un marco de identidad étnica común, que habría permitido crear un contexto integrador para las identidades regionales y locales. Bajo este paraguas, se habría podido superar la aparente contradicción entre estas últimas y la identidad étnica que las englobaba, y construir así marcos comunes de actuación política. Este rol integrador está también en la base del enfoque de Przemysław Urbańczyk, aunque con ciertos matices. En su artículo sobre la Polonia del siglo x, este autor propone una interpretación basada en la idea de que la identidad étnica sirvió como una herramienta de poder utilizada por las élites locales con el fin de potenciar su poder mediante la creación de unidades políticas de mayor envergadura.

Urbańczyk pone un gran cuidado en describir las condiciones socioeconómicas previas al desarrollo del discurso étnico, como también hacen Oleksy Tolochkok e Ildar H. Garipzanov. Para estos dos historiadores, como para Christian Lübke y Neven Budak, el énfasis recae en la identidad étnica como elemento de diferenciación. En los casos que nos presentan —danés, polaco, ruso y el del área de Dalmacia, respectivamente—, los grupos objeto de estudio constituyen una periferia cuya interacción con otros grupos «centrales» —fundamentalmente francos o bizantinos— habría potenciado tanto el desarrollo de estructuras sociales complejas como el de las identidades étnicas asociadas. Hay que destacar que tanto en este caso como en el anterior, esta visión horizontal de las relaciones entre los distintos grupos nos permite huir del evolucionismo reduccionista que explica la consolidación de las estructuras estatales en función únicamente del desarrollo interno de cada grupo. Esto permite romper con el discurso esencialista que vincula el origen étnico con el origen de la nación.

Stefan Brink, en un artículo que aúna un fuerte componente lingüístico al esfuerzo historiográfico, intenta desentrañar

la configuración territorial escandinava a través del estudio de la toponimia. Brink realiza interesantes consideraciones sobre la concepción del espacio que reflejaría la utilización de un determinado sistema de topónimos. Este no haría necesaria referencia a la existencia de un vínculo con un territorio determinado, sino que sería parte de una construcción del grupo social y susceptible, por tanto, no solo de transformaciones, sino incluso de que el propio grupo humano la trasladara consigo. El autor relativiza así la tradicional asociación entre grupo étnico y espacio geográfico, que Paul Geary presentó como falacia en su crítica a las reivindicaciones políticas y arqueológicas sobre los «territorios históricos»<sup>1</sup>.

Para terminar, el mismo Geary nos devuelve al presente a través de un estudio de amplio marco cronológico sobre la identidad eslovena. Geary coloca el peso de su argumentación en la discontinuidad de los procesos de formación de identidades étnicas y en la reflexión sobre el significado cambiante de la territorialidad como base para evitar una formulación descontextualizada de la identidad étnica. Su artículo refleja las preocupaciones que unos años antes dieron origen a su ya citada obra *The Myth of Nations*.

A pesar de que estas propuestas son interesantes y plantean reflexiones de gran actualidad, debemos preguntarnos hasta qué punto la identidad étnica puede ser un elemento explicativo suficiente. Por ejemplo, debemos tener cuidado al diferenciar las condiciones históricas en que un grupo social se hace visible a través de las fuentes de los factores desencadenantes de un posible proceso de etnogénesis, sobre todo en los casos en que ambos se solapan, como ocurre con los fenómenos de interacción entre francos y bizantinos y los grupos de su entorno.

Es interesante reconocer que dicho proceso puede constituir un esfuerzo consciente y voluntario como medio para el ejercicio

o la ampliación de cuotas de poder, como señala Urbańczyk. No obstante, habría que valorar hasta qué punto la identidad puede constituir el componente necesario sin el cual no se producirían los procesos de integración. Y puesto que los desarrollos socioeconómicos previos parecen fundamentales, cabe preguntarse hasta qué punto es operativo explicar el surgimiento de entidades —e incluso identidades— políticas más complejas en términos de identidad étnica.

Sin embargo, puesto que tampoco se puede simplemente negar la existencia de una identidad étnica, habría que considerar hasta qué punto el conjunto de la sociedad participaba de ella, y si existía una identidad étnica común más allá de los grupos que ejercían el poder; más allá, cabe incluso decir, de su dimensión textual, discursiva y simbólica. El caso noruego, que nos presenta Bagge, nos permite abundar en la idea de que quizá las identidades funcionaban a un nivel mucho más local y personal, aunque no es necesario recurrir a la configuración física del territorio para explicarlo. La propia dinámica interna de las comunidades, independientemente del marco geográfico, podría haber constituido un elemento limitador en este sentido.

En cualquier caso, hay que recordar que estudios como estos tienen una importante dimensión social. El énfasis en la discontinuidad de las identidades y en la destrucción del vínculo, entendido en un tiempo como necesario, entre grupo étnico, entidad política y espacio geográfico propio nos brinda una herramienta fundamental para la deconstrucción de los discursos étnicos adulterados. Un ejemplo: en abril de 2010, la Unión Europea celebró una cumbre para tratar la situación del pueblo romaní. En esta Europa en la que la integración debería dar cabida a la solo aparentemente paradójica reafirmación de las identidades regionales, la discriminación de grupos categorizados en función de criterios «étnicos» constituye un problema de primera magnitud humana. Si

<sup>1</sup> GEARY, P. J. *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe*. Cambridge, 2002, p. 35.

queremos evitar el peligroso reduccionismo que esa etiqueta «étnica» conlleva, y si pensamos en la labor historiográfica como una forma crítica de pensamiento, no podremos sino estar de acuerdo con Paul Geary cuando afirma en este libro que la historia «is not something in the past that we study: it is the world in which we live» (p. 257).

Álvaro Carvajal Castro